

negocios públicos, bien que consagrando á las musas los breves ocios que aquellos le consentian. Leonardo se apartó de Marcial en la manera de considerar los frutos de su ingenio: mientras Valerio envía á la capital del mundo aquel *libro español* ¹, donde se muestra más recatado en cuanto á la moral que en los anteriores, bien que no menos apasionado del arte y de la poesía latina, é intenta ser leído de Roma ², Lupercio, temeroso de la posteridad, entrega á las llamas, como padre desnaturalizado, sus propias producciones. Olvidaba sin duda que, así como Valerio había ido á la capital del mundo á sostener la tradicion homérica, cultivando cariñosamente la ya adulterada lengua de Virgilio, había él venido á la córte de los Felipes para mostrar la senda del buen gusto, y enseñar en Castilla la hermosa lengua de Cervantes. La posteridad, que ha reconocido estos hechos, no puede negar á Leonardo el justo galardón debido á su gran talento;

¹ Romam, non Hispaniensem librum mittamus, sed Hispanum (Dedicat. del lib. XII, *Prisco Suo*). Marcial declara en esta epístola que escribe *in provinciali solitudine*, faltándole «*illam iudiciorum subtilitatem, illud materiarum ingenium, bibliothecas, theatra, conventus,*» y en suma todo cuanto en Roma excitó por largos años su impresionable musa.

² Este pensamiento domina en varios epigramas del libro XII, á que nos referimos. Dirigiéndose al mismo, muestra el convencimiento de qué será tenido por suyo, con sólo que se lean dos ó tres versos, diciendo:

Quid titulum possis? Versus duo, tresve legantur,
Clamabunt omnes te, liber, esse meum.

Y hablando con Parthenio:

Quatuor et tantum timidumque brevemque libellum
Commendet verbis: Hunc tua Roma legit.

Debe consignarse en este lugar que Marco Valerio hizo con excesiva frecuencia alarde de la confianza que le inspiraban sus versos; y con tanto calor los defiende y encomia, que hallamos hasta cincuenta epigramas animados de esta idea, siendo de advertirse que no esquivaba el compararse con los más celebrados poetas. Demás del epigramá, en que dice á sus conciudadanos que no debe á Catulo más renombre Verona que á él Bilbilis, recordaremos el que dirige á Liciniano, donde mencionada la patria de los más ilustres poetas latinos, termina con este verso (Lib. I, epig. LXII):

Nec me tacet Bilbilis.

siendo ya también tiempo de que, apartando la vista de las obscuridades de Marcial, se le rinda, como poeta y como filósofo moral, el tributo de admiración que por sus altas dotes merece.

El breve paralelo que acabamos de establecer entre Lucano y Góngora, Marcial y Lupercio de Argensola, justifica plenamente el propósito que nos guía en estos estudios. La misma índole, las mismas cualidades é inclinaciones encontramos en los poetas que brillan en la córte de los Césares que en los que ilustran la de los Felipes; siendo á la verdad notable en gran manera que después de tantos siglos de guerras y trastornos, en que han entrado á dominar la Península diversas generaciones de gentes, resplandezcan los mismos caracteres, tanto en los ingenios andaluces como en los que nacen en el suelo de la antigua Celtiberia. Tan grande es la influencia que ha ejercido en los poetas de la Bética aquella rica y varia naturaleza, excitando vivamente su imaginación y poniendo en sus labios copiosos raudales de ardiente y pintoresca poesía, más preciada por la brillantez de la forma, por la armonía del lenguaje y la suntuosidad y magnificencia de las imágenes, que por la ternura de los afectos que revela y por la profundidad de los pensamientos que la animan. Tan grande es asimismo el influjo que en los poetas aragoneses han ejercido la melancólica gravedad de su cielo, la austeridad de sus riscosas montañas y la sombría fertilidad de sus valles. Preocupados los primeros de cuanto los rodea, encuentran estrechas las leyes de todo arte, siempre que tiendan á moderar los bríos ó á sujetar el vuelo de su ingenio: reflexivos, meditadores y apegados los segundos á la idea de autoridad, se asocian fuertemente á la imitación literaria y se levantan á la sombra de los grandes modelos. Entre los vates nacidos á las márgenes del Ebro, no florecerá un Lucano ni un Góngora; pero tampoco brillarán en las orillas del Guadalquivir ingenios sóbrios y austeros á la manera de Valerio (cuando es grave) ni de los doctos Argensolas. Los unos aparecerán siempre dispuestos á introducir en la república de las letras todo género de novedades: los otros pugnarán acaso por rechazarlas; pero sucumbirán en la demanda, invocando inútilmente los fueros del buen gusto ¹.

¹ No dejaremos la pluma sin advertir que al mismo tiempo que Marcial
TOMO I. 10

obtiene en Roma los aplausos de la muchedumbre, florecen en aquella metrópoli y aun en la misma España otros poetas nacionales, cuyas obras no han llegado á la posteridad, ya porque no alcanzasen tan alta estima como M. Valerio, ya porque no tuvieran la suerte de visitar la córte, que llamaba á sí todas las celebridades del mundo. Es notable sin embargo entre los primeros el andaluz Cayo Canio Rufo, quien segun consta de su epitáfio, publicado por Ambrosio de Morales, copiado por Jano Grutero (*Thesaurus veterum scriptorum*) é inserto en sus Bibliotecas por don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro, vivió en Roma, con su mujer Theophila, diez y seis años, siendo universalmente estimado por su natural gracejo y travesura, que contrastaba con la erudicion y juicio de su esposa. De este poeta, á quien amaba sobremanera Marcial, hace especialísima mencion en diferentes epigramas, citados todos por don Nicolás Antonio (*Biblioth. Vet.*, lib. I, cap. XIII), manifestando no poco sentimiento de que no se dedicase á escribir lo que componia, ni pensara en una obra de importancia. Igual distincion debieron á M. Valerio Deciano, tierno amigo suyo, natural de Mérida, Liciniano y Marco Único, sus paisanos, quienes tal vez por no abandonar su patria, renunciaron al lauro que les brindaba sin duda la capital del mundo, propicia á los ingenios españoles. Marcial no vacila en poner á sus compatriotas al lado de los más famosos poetas de la antigüedad, cuando en el epigrama LXII del libro I, mencionados Virgilio, Livio, Horacio, Apollodoro, Ovidio y los dos Sénecas, decia:

Gaudet iocosae Canio suo Gades,
Emerita Deciano meo.
Te, Liciniane, gloriabitur nostra
. Bilbilis.

El epigrama XLIV del libro XII está dedicado á Único, de quien se confiesa pariente y á quien iguala á otro hermano suyo, exímio en el arte de la poesía. Valerio se dirige finalmente en el epigrama XXXVII del libro X á un tal Materno, español como él, y distinguido en el cultivo de las letras. Para mayor ilustracion de estas memorias, remitimos á nuestros lectores á las *Bibliotecas* de don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro, donde se halla recogido cuanto se ha conjeturado acerca de estos ingenios. Tambien menciona don Nicolás Antonio á Herenio Senecion, natural de la Bética, donde ejerció la *Questura* (segun refiere Plinio, escribiendo á Tácito), señalándole como autor de los *Comentarios de Helvidio Prisco*, libro que le costó la vida por decreto de Domiciano, y que fué quemado públicamente, con general sentimiento de los doctos, como asegura el mismo Cornelio Tácito, cuya autoridad es digna de todo respeto (*Hist.*, lib. IV, cap. V).

CAPITULO IV.

POETAS Y ESCRITORES DEL IMPERIO.

MELA.—ITÁLICO.—QUINTILIANO.—FLORO, etc.

Reaccion literaria.—Imitacion de los antiguos modelos.—Ingenios españoles que siguen este movimiento.—Pomponio Mela.—Su obra *De situ orbis*.—Junio Moderato Columela.—Su obra *De Re Rustica*:—exámen del libro X, *De cultu hortorum*.—Paralelo entre Columela y Rioja.—C. Silio Itálico: su educacion literaria.—Su poema *Bella punica*. Carácter de esta obra.—La reaccion literaria encuentra intérpretes en el terreno de las teorías.—Marco Fabio Quintiliano: su magisterio.—Su obra *De Institutione oratoria*. Quintiliano, considerado como crítico literario.—Reaccion de la literatura griega y su influencia en la latina.—Marco Anneo Floro.—Su *Epitome Rerum Romanarum*.—C. Voconio y Antonio Juliano.—Principales caracteres del ingenio español bajo la Roma gentilica.

Hay en la historia de las letras y de las artes, como en la historia política, momentos de reaccion, en que aspiran los ingenios á conservar y defender sus antiguas conquistas, las cuales ven acaso desaparecer como un bien apenas gozado. Pero este esfuerzo, alentado siempre por el respeto que inspira la gloria de los grandes maestros, ni produce el fruto apetecido, ni es tampoco el medio eficaz de llegar al término propuesto. En medio